

Unamuno

“filósofo y político” hoy

Eduardo Pascual Mezquita¹

UNAMUNO, PESE A LOS 70 AÑOS transcurridos desde su fallecimiento, sigue siendo un autor actual. Su vasta producción escrita, con toda la riqueza literaria y de pensamiento que encierra, persiste hoy como legado intelectual para todos nosotros. Es uno de los autores hispanos de mayor “gancho”, de perenne actualidad. Y ello, no sólo por cómo vivió, tratando de resolver las circunstancias sociopolíticas que caldearon su existencia, sino por la infinidad de intuiciones sugerentes, de profundos planteamientos que, al no cerrarlos de modo definitivo, de continuo siguen reabriéndose dialécticamente en cada uno de sus “hijos espirituales” o lectores. Dentro de la historia del pensamiento español, pocos autores han vuelto —con tanto ahínco— una y otra vez al ruedo de la tragedia humana.

Le tocó vivir un momento difícil —36 años del siglo XIX y 36 del siglo XX— con una problemática social muy variada, encrespada y hasta beligerante. No lo dudó: agarró “el toro por los cuernos” y, con el mejor ímpetu intelectual, emprendió su batalla civilizadora —incluso religiosa— contra los avatares más acuciantes del momento (no tan lejanos a los de hoy) que él consideraba —seguiría hoy considerando— tan inciviles como inhumanos: primero, cuando aún era estudiante en Bilbao y Madrid; más tarde, catedrático de griego en la Universidad de Salamanca; después, rector, ex rector, exiliado en Francia, diputado a Cortes en la II República Española, rector vitalicio... Y en esta batalla quiijotesca sólo tenía cabida un arma: *la palabra*, única arma realmente poderosa y efectiva, pues sin palabra —argüía— nada queda de humano, ni siquiera la propia guerra.

¿Filósofo?

Todavía hay quienes hoy consideran a Unamuno poco filósofo: sólo uno de



nuestros principales literatos del siglo XX. Tal vez porque su filosofía escapa de los cánones de la sistemática lógica conceptual, más del estilo cartesiano, hegeliano o positivista. De cualquier modo, Unamuno se pronunció una y otra vez contra la artificiosa distinción con que suele parcelarse el habla humana en géneros plenamente independientes, como si la filosofía fuese aséptica a la propia literatura, la religión o la política. Por el contrario, él mostró su convicción de que nuestra filosofía más honda reside, precisamente, en la rica literatura hispana —las memorables obras en especial— y la rememoramos de continuo

La auténtica política no es, para don Miguel, la que hacen los políticos de oficio o electoreros, sino la que se preocupa del avance cívico-espiritual del pueblo

en nuestra viva lengua española, dado que cada lengua hablada guarda en sí una filosofía propia, una religión, una tradición. Toda una “cosmovisión”, diría Dilthey; aunque, a diferencia de este gran historicista, Unamuno confiere a la lengua viva un sentido mucho más sentimental o subjetivo.

1. Eduardo Pascual Mezquita es doctor en Filosofía y CC. de la Educación por la Universidad de Salamanca, catedrático de Filosofía y Ética en el IES Carmen Conde (Las Rozas-Madrid), miembro de la Asociación de Hispanismo Filosófico, y autor de *La política del último Unamuno* (Globalia Anthema, Salamanca: 2003, 496 págs.)

La filosofía hispana es la filosofía del ensueño, la del querer ser, la *filosofía quiijotesca*: una filosofía más de la voluntad y del sentimiento que del sistema lógico-racional. Por eso defendía, con Hölderlin, que “la filosofía es poesía”, y “se acuesta más a la poesía que no a la ciencia”. Poesía que analiza, da sentido y revive permanentemente el poder de la palabra misma. Desde esta valiosa continua-creación de la palabra viva levantó don Miguel su *filosofía poética*. Poco más tarde y desde otra perspectiva, esta será también la filosofía de María Zambrano.

Unamuno se anticipó a la filosofía existencial y personalista, pero su pensamiento resulta inclasificable. Como Nietzsche, se opuso tanto a las abstracciones teóricas como a cualquier sistematismo lógico, incluido el atomismo positivista: “El fin del universo —escribía— es cada hombre; eres tú, lector.” Quien filosofa es, justamente, “el hombre concreto de carne y hueso.” Ese es el inicio y el objetivo de toda filosofía. Y se filosofa más con el sentimiento que con el cerebro, pues mientras este tiende a la estabilidad (la muerte), el sentimiento piensa desde la vida, la ensoñación, lo contradictorio, la duración eterna..., donde no caben soluciones ya hechas ni sistemas apriorísticos, sino que se adentra en la trágica contradicción humana, en el ansia insalvable de ser más, vivir eternamente. Y en esta filosofía de la esperanza radica el sentido religioso de todo pensamiento profundo: sea político, literario, histórico...

Uno de los principales temas de fondo de su creación literaria y filosófica era el tema de España. Creía conocer bien España. De hecho, fue llamado y viajó mucho por todas las regiones españolas. Hablaba “en nombre de España” para los españoles. Viajó también, con menos asiduidad, a Portugal, Francia, Italia e Inglaterra. Leyó mucho en diferentes idiomas y logró ser uno de los autores más conocidos en Europa y América. Al hallarse ante tantos ensayos y tan importante número de novelas, obras de teatro, poesía, artículos periodísticos, así como una densa y copiosa correspondencia, uno no puede sino preguntarse: siendo catedrático de griego, profesor de Lengua y Literatura comparada, rector de la Universidad de Salamanca, padre de ocho hijos, durmiendo sus ocho horas cada noche y reservando sus dos horas de paseo cada tarde, ¿de dónde sacaba tiempo don Miguel

para escribir y producir tanto? Hoy se sabe que los nueve voluminosos tomos de sus *Obras completas*, editadas por Escélicer hace más de treinta años, no son ni la mitad de lo que pueden ser sus próximas *Obras completas*, si es que algún día —eso esperamos— llegan a ponerse de acuerdo los principales unamunólogos y estos con ponderadas instituciones como la Universidad de Salamanca, la Junta de Castilla y León, el Ministerio de Educación, los herederos de don Miguel...

Y en esta batalla quiijotesca sólo tenía cabida a un arma: la palabra, única arma realmente poderosa y efectiva; pues sin palabra —argüía— nada queda de humano, ni siquiera la propia guerra

¿Político?

Tampoco suele considerarse a Unamuno un político, al menos en el sentido de *político profesional*. Sin embargo, sí lo fue en el de originario de preocupación por la *polis*: muchos de sus artículos y conferencias giraron en torno a la exigua conciencia civil del pueblo español. Unamuno con —y antes que— Ortega, Marañón, Azaña... luchó por sacar a España del analfabetismo civil y religioso.

La *auténtica política* no es, para don Miguel, la que hacen los políticos de oficio o electoreros, sino la que se preocupa del avance cívico-espiritual del pueblo, la que respalda las libertades individuales, aun encontradas, y los bienes culturales de la tradición popular. Él siempre defendió el liberalismo, pero un liberalismo dialéctico, civil, con tintes utópicos, ético-religiosos, que distaba mucho de los liberalismos en uso: tanto el político de Romanones, como el económico manchesteriano. Ahora bien, la *política de eternidad* defendida por Unamuno no es dissociable de la preocupación por el momento concreto o la penosa actualidad. Lo cierto es que su política no cuajó en el momento histórico, más bien llegó al aislamiento político y acabó exhortando a *los solitarios*, los héroes anónimos e individuales del pueblo. De aquí, su aversión a los partidos políticos. Cuando Indalecio Prieto le cuestionó “¿Por qué no forma usted el partido de Unamuno?”, le replicó irónicamente

que no le merecía la pena, pues a tal partido sólo podrían pertenecer dos tipos de gente: *los incondicionales*, que a todo dicen que sí como unos imbéciles o como unos pillos, y aquellos otros que establecen condiciones y disciplinas. En este sentido él defendía: “Yo no soy partido, sino entero y solo yo.”

Salvo su breve afiliación al Partido Socialista de Bilbao (1894-1897) y los mítines políticos de las elecciones republicanas (1931), Unamuno no se “oficializó” políticamente. Incluso estas breves participaciones lo fueron como independiente, como elemento crítico respecto a la línea ortodoxa del partido.

Llegó a considerarse “profeta en su tierra”: no adivino, sino quien denuncia y aviva la conciencia civil, quien se siente portavoz de la “madre España”, “madre e hija de todos nosotros”. Fue, pues, un “predicador civil”, cuya palabra llegaba al pueblo, era bien acogida, respetada y querida. Sólo que la perenne denuncia de nuestro socrático “profeta”, así como muchos de los imprescindibles cambios que pregonaba, se perdieron en el desierto. El propio don Miguel lo constató en sus últimos meses: su España, ideal al que había dedicado su vida y su palabra quiijotesca, se ensangrentaba sin remedio... Aun así, su ideal político alteruterual aún sigue vigente: no “neuter” (ni con uno ni con otro), sino “alteruter” (con uno y con otro a la vez). En otros términos: la buena política nunca debe caer en la triste neutralidad aséptica ni tampoco debe favorecer nunca la más que peligrosa bipolaridad extrema, sino que debe abrazar desde el medio el enfrentamiento dialógico civilizado, donde cada oponente comprenda a su contrario y llegue a razonar desde las entrañas de su adversario, por muy distantes que sean ambos planteamientos.

Quizá Robert Curtius aportó una de las primeras y mejores descripciones sobre Unamuno: *excitator Hispaniae*, porque su labor es —no sólo era— la de despertarnos a todos los hispanos del letargo civil en que solemos deambular por la existencia tanto individual como colectiva.

La magna obra de don Miguel es valiosa, no sólo por el gran peso literario que encierra, sino —acorde con el *pensamiento fermentario* de Vaz Ferreira— por todo el fermento poético o creativo que provoca en nuestros planteamientos vitales, nuestras posiciones políticas, nuestros sentimientos, nuestras creencias civiles y religiosas... ■